

ser lo más importante de su vida amorosa, sino que por el contrario, pueden suponer trabas a su realización.

En 1984, dos años antes de su muerte y en plena madurez de juicio, Beauvoir considera que la maternidad no es la misión esencial de la vida de una mujer. Que de la capacidad biológica de traer niños al mundo no se deriva obligatoriamente el deber social de la maternidad. Que la maternidad no es en sí un acto creativo. Que en las condiciones de vida actuales, la maternidad reduce a menudo a las mujeres a una verdadera esclavitud. Por estas razones es necesario contestar a la ideología de la maternidad, y la división del trabajo en tareas masculinas y femeninas: «Se explota a las mujeres y ellas se dejan explotar en nombre del amor», decía Simone.

Muchos años antes, al final del *Segundo Sexo*, ya expresaba su deseo de que algún día los hombres y las mujeres se vuelvan a encontrar, «que afirmen sin equívoco su fraternidad». Una visión noble y audaz de una sociedad liberada de la prisión de los roles sexuales y de las relaciones dueño-esclavo.

«El juicio de valor que hago —insistía Beauvoir en 1984—, lo que yo condeno, no es a las madres, sino a la ideología que incita a todas las mujeres a ser madres, y las condiciones en las que deben serlo.»

Por otra parte, también considera que «las relaciones madre-hija son generalmente catastróficas. Desde mi punto de vista —puntualiza—, a lo más son soportables, pero nunca apasionadas, amorosas, tiernas, como yo creo que deben ser las relaciones. La relación de amistad es la más completa y la más maravillosa.

Parece ser que Mme. Morel, una íntima amiga de Beauvoir y de Sartre, les sugirió en más de una ocasión que tuvieran un hijo, y que ella se encargaría de su cuidado y educación para que en nada perturbara el trabajo de sus padres, pero ellos no quisieron pasar por esta experiencia, prefiriendo seguir su marcha de investigación de la propia interioridad y la de su entorno. Como escribe Simone al referirse a los dos personajes centrales de su novela *La invitada*: «Estaban juntos en el centro de un mundo que tenían la misión de revelar». De la protagonista, con quien se identifica, dice al hablar de todas las dichas: «en primer lugar estaba la de poder colaborar con él; su cansancio y su esfuerzo común les unían más estrechamente que un abrazo. No había ni un momento de aquellos ensayos agotadores que no fuera un acto de amor».

Fidelidad y sexualidad

«Te he sido fiel a mi manera», solía decirle Sartre a Beauvoir cuando le contaba su último flirteo, o le hablaba de su ligue de turno, que tuvo un montón. Ella no podía quejarse de la actitud de él, ya que esto formaba parte del juego que ambos voluntariamente habían aceptado, pero ello no quita que en determinados momentos ella sufriera de mal de amores y de celos. «Soy frío», comentaba Sartre de sí mismo, y al preguntarse sobre las turbaciones de la sexualidad en su juventud dice: «No es que a los veinticinco años ignorase el asunto, pero me parecía un escándalo irrazonable». Despreciaba todos los desórdenes del cuerpo y estaba convencido de que movilizándolo la voluntad uno siempre puede dominarse.

Simone, con su aparente frialdad, al enamorarse de Sartre se descubre como un ser

profundamente apasionado. Ella, que se había esforzado en dominar su cuerpo y creía que lo físico nunca debía predominar sobre lo espiritual, reconocía que sus deseos superaban a su voluntad: «Tomar cuerpo es una gran fiesta». Sus ardores, sobre todo al principio, fueron causa de sufrimiento y dolor, ya que Sartre en ningún momento perdía su lucidez. El definía su mente como «una higiénica sala de operaciones» y trataba sus sentimientos como si fueran ideas. Las relaciones con los otros tenían como finalidad principal el descubrirse a sí mismo y a los otros y a continuación poder expresar ese descubrimiento.

Simone, por el contrario, cuenta que en sus primeros tiempos de enamoramiento, su pasión por Sartre le hizo perder el centro de su propia vida, perdió las riendas y se sentía arrebatada: «Me despeñaba por los abismos de la muerte, del infinito, de la nada. Cuando el cielo se serenaba, nunca sabía si estaba despertando de una pesadilla o si me estaba sumiendo en un largo sueño azul». En 1984, desaparecido ya Sartre, Simone habló de su vida sexual con la sinceridad y claridad que siempre le caracterizaron: «El acto sexual propiamente dicho a Sartre no le interesaba particularmente. Pero a él le gustaba acariciar. Para mí las relaciones sexuales con Sartre fueron enormemente importantes los dos o tres primeros años —fue con él con quien yo descubrí la sexualidad—. Después eso perdió su importancia, en la medida en que para Sartre tampoco la tenía. Aunque nosotros continuamos teniendo relaciones sexuales bastante tiempo, durante quince o veinte años. Pero eso no era la cosa esencial».

En estas mismas declaraciones va más allá de su relación concreta con Sartre al decir: «Ningún hombre me ha tocado nunca si nosotros no hemos estado ya unidos por una gran amistad». Y añade que nunca vivió «sexualidad anónima», es decir, el deseo puramente físico satisfecho con cualquiera.

Amantes y otras contingencias

Según nos cuenta Simone de Beauvoir, Sartre quería en su vida lo esencial y lo contingente: lo quería todo sin perderse un ápice de nada. Lo esencial era Simone y lo contingente es una cosa que puede cambiar, que no es de capital importancia, lo cual no significa que carezca de importancia. «Imaginaba de buen grado —decía Sartre en 1976— a sucesivas mujeres: todas ellas lo serían todo para mí en un momento dado. Las cualidades de Simone de Beauvoir hicieron que ella ocupase en mi vida el lugar que ocupa y que nadie más puede ocupar... Comprendimos los dos lo que significábamos el uno para el otro».

Cuando Beauvoir y Sartre se conocieron y se enamoraron, Sartre ya tenía una amiga y amante, Simone Jolivet: mujer audaz, inteligente y ambiciosa, extravagante y dispuesta a despreciar todos los tabúes. Las biógrafas de Beauvoir cuentan que Sartre «había estado ardientemente enamorado de esa chica, a la vez apasionada y fría, capaz de utilizar su cuerpo para atrapar a ricos amantes o para darse el lujo de una aventura desinteresada, llena de tormentas, peleas y reconciliaciones con él».

Simone descubrió entonces lo que era el tormento de los celos: ¿tenía Sartre más afinidades con la otra Simone, más desparpajada?, ¿era ella una simple puritana?. «Me costaba juzgarla —escribe en *La plenitud de la vida*—. La facilidad con la cual usaba

de su cuerpo me chocaba, pero ¿había que condenar su desenvoltura o mi puritanismo? Espontáneamente, mi cuerpo, mi corazón, la condenaban; mi razón, sin embargo, rechazaba ese veredicto: quizá debía interpretarlo como un signo de mi propia inferioridad».

Sartre, sin ningún tipo de escrúpulos ni reparos, hablaba a Beauvoir de Jolivet y a Jolivet de Beauvoir, ésta última optó por tomar la vía directa y decidió que lo mejor era conocerse entre ellas. La escritora francesa reconoce que quedó desconcertada al reconocer ante ella al prototipo de mujer liberada y creadora. Tuvo sensación de derrota y comenta: «Sólo una brillante afirmación de mí misma hubiera restablecido el equilibrio».

A medida que Beauvoir fue reconquistando el dominio de sí misma, entre estas dos mujeres surgió una buena relación de respeto mutuo y admiración.

Con la Jolivet da comienzo una interminable cadena de «amores pasionales» (Sartre llama así a los amores que tuvieron alguna importancia en su vida), que Beauvoir intentó sobrellevar lo mejor posible, primero con el sobresalto de los celos, después con mayor calma, al comprobar que los «amores contingentes» no deterioraban su «amor esencial».

«En cuanto nos conocimos —escribe Simone en una de sus primeras cartas a Jean-Paul Sartre—, me dijiste que eras polígamo, que no tenías intención de limitarte a una sola mujer, a una sola historia, y fue un valor entendido...»

La regla de la transparencia que ejercieron en su mutua relación les permitió, como mujer y como hombre, comprender lo más exactamente posible qué eran la vida y el amor para el sexo opuesto. «La palabra amor —escribe Beauvoir— no tiene el mismo significado en absoluto para uno y otro sexo y eso es una de las fuentes de los graves malentendidos que los separan... El amor no es más que una ocupación en la vida del hombre, mientras que para la mujer, es la vida misma».

Beauvoir aceptó la cláusula de los amores contingentes porque pensaba que esto le llevaría a vivir el amor como un ser libre. «El individuo que es sujeto —escribe—, que es él mismo..., se esfuerza por ensanchar su dominio sobre el mundo... Para la mujer, el amor es una total dimisión en provecho de su amo.» Ella no pretendía vivir una dimisión en provecho de Sartre, sino que deseaba la igualdad en sus relaciones, relaciones en las que los dos se enriquecerían de todo aquello que vivía el otro.

El primer triángulo

El tenía treinta años y luchaba contra el aburrimiento y la caída de su pelo. Ella veintisiete y atravesaba una crisis de angustia. «Estábamos hartos —escribe Beauvoir— de nuestros exactos exámenes de conciencia de intelectuales, hartos de la vida virtuosa y formal que llevábamos, hartos de aquello que denominábamos entonces “lo construido”. Atravesaban estos estados de ánimo, cuando surgió una tercera persona que pasó a convertirse en el centro de sus vidas, se trata de Olga, una alumna de Simone. Sartre explica en sus *Cuadernos de guerra*: «Necesitábamos cierta desmesura, porque llevábamos demasiado tiempo siendo comedidos. Todo aquello terminó con un extraño humor negro que adquirió tintes de locura alrededor del mes de marzo, y acabó cuando conocía a O., que era precisamente lo que deseábamos y nos permitió ver claro.»